El forastero iba repitiendo mentalmente la letra de un canto de su pueblo:

Solitario cóndor de los abismos, helado cóndor negro; me dijeron que yo nací en tu nido triste sobre la aguja de roca que nace de la gran nieve, triste,

Aun así, aun así, cóndor de la nieve que llora. No explicaría mi nacimiento este dolor, este llanto, esta sombra que grita en mis entrañas, helado cóndor...

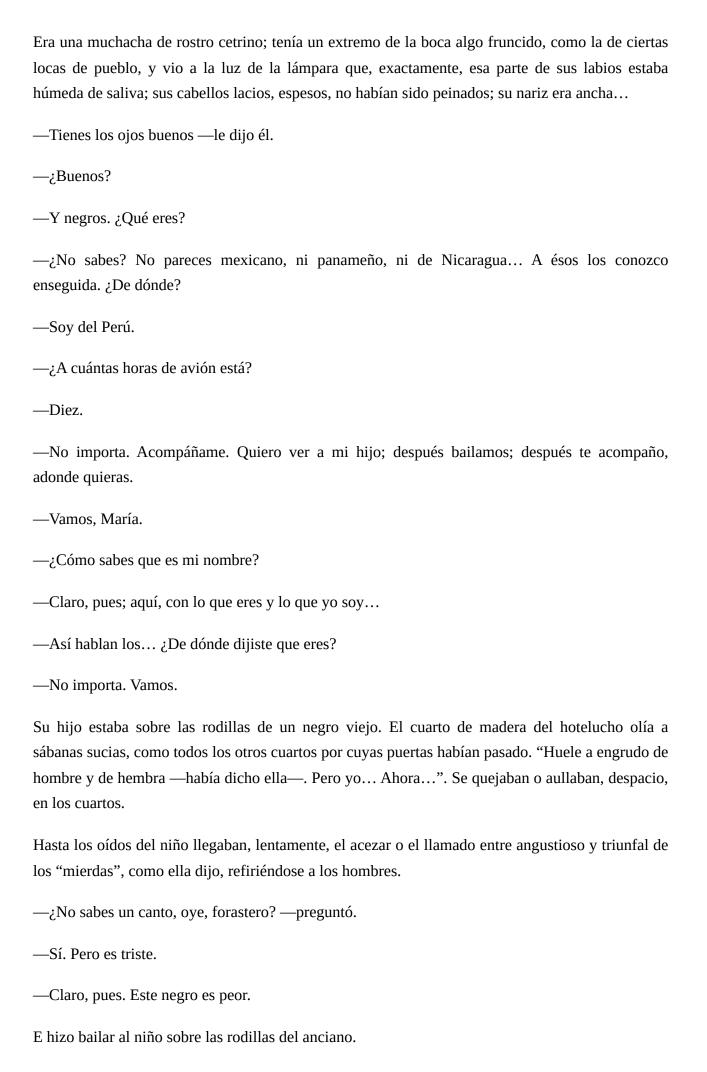
Y como no conocía la ciudad, llegó sin darse cuenta al barrio de la sucia estación del ferrocarril. En el corredor dormían ya pasajeros sin dinero y vagabundos.

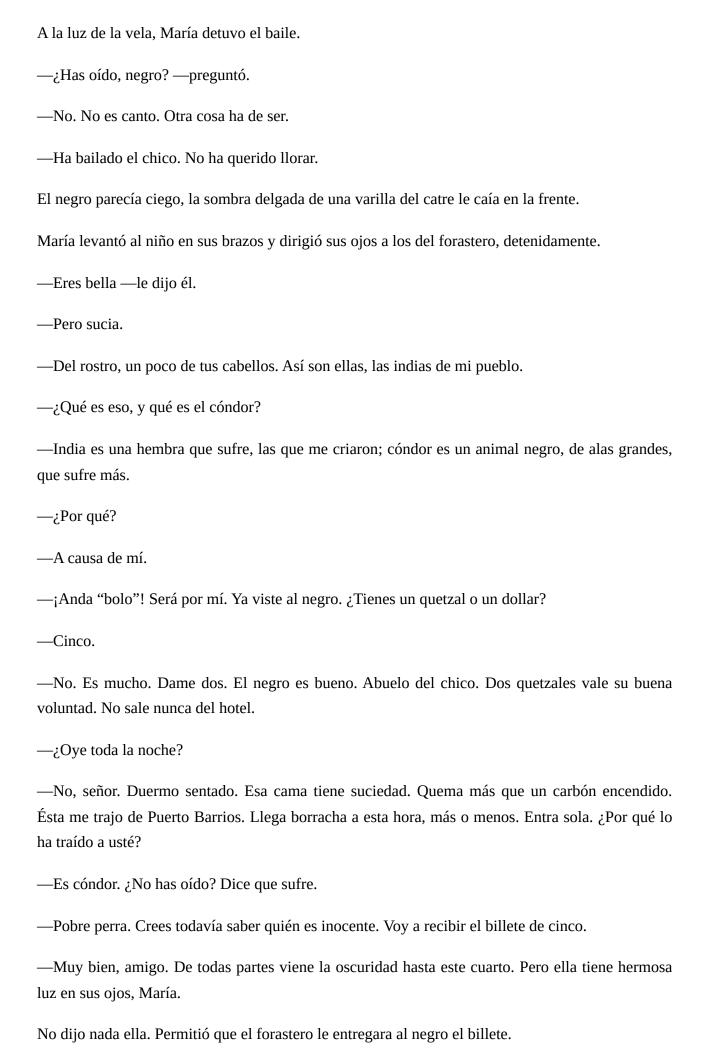
Siguió cantando y, a pesar de la turbación de su memoria, percibió la gran semejanza de esos hombres recostados en el suelo, con los pies desnudos, y la musical estación de su pueblo lejanísimo donde muchos dormían en iguales posturas, mientras tocaban quenas y charangos.

Aun así, aun así cóndor de la nieve que llora.

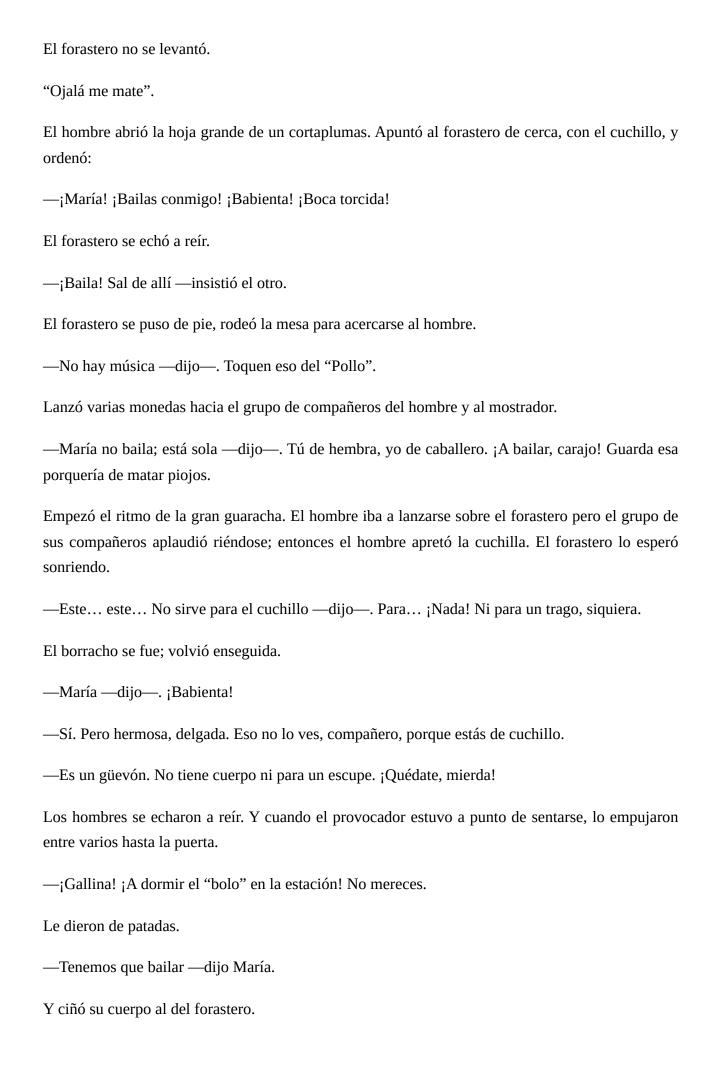
—¡Estás "bolo", papacito! ¡Más que yo!

```
—También ellos —dijo.
—¿Quiénes? —Oyó que le preguntaban.
—Ésos —contestó—. Tienen una sombra en las entrañas. Por eso duermen así. Y no podrán levantarse.
```





—¡Es de diez! Pobre perra. Anda a bailar. María tomó de la mano al forastero. —El negro y el niño no salen. Convídame cerveza. Al cuarto vaso el forastero se decidió a bailar. Había hecho repetir diez veces el mismo disco en el enorme y erizado tragamonedas: Que te quiero pollo que te quiero asado. Apretó el cuerpo de la muchacha. Ella reclinó su cabeza sobre el hombro del forastero; luego se separó y volvió a mirarlo detenidamente. —¿Por qué me has dicho que soy bella? Me salen babas. —Es saliva. Pero todo, todo queda iluminado por tus ojos. La noche esta parece de luz; el cóndor triste dentro de mi pecho. —No eres mexicano, no eres cubano, menos gringo que no habla. Creo no eres nadie. —Al revés. Ahora estoy bailando. Soy alguien. Todos los cóndores son helados y grandes. Aquí se ahogarían. Si vieran al negro volarían, heridos, como después de las corridas de toros, en mi pueblo. —¿Al cóndor lo torean? —No. Lo clavan sobre el toro, para que aletee y le pique en el lomo. Después, con las piernas medio despedazadas, lo sueltan a la orilla del pueblo, entre cantos, como a mí me soltaron. Pero, eres delgada, suciecita y algo así como india; he bebido... Un hombre se acercó a la mesa, cuando se habían sentado. Ella acariciaba la pierna del forastero. Estaban en una cantina maloliente; solo en otras dos mesas había parejas. El hombre vino desde una mesa rodeada de borrachos. Las dos parejas y los individuos que bebían en las diez o quince pequeñas mesas redondas lo vieron dirigirse hacia el forastero. —Párate —le dijo ella—. Yo tengo una botella en la mano.



—Será boca-torcida, pero éste se la llevó de legítimo. Cada quien, sabe —habló uno de los hombres con desgano.

En ese momento, ella puso sus dedos sobre la boca del forastero, en sus labios fríos. Lo acarició. Y sobre él cayeron hojas, un viento.

—Vamos —dijo—. Me pesa la sangre. Se ha puesto a hervir sin motivo.

Ella siguió acariciándolo con los dedos. La parte torcida de su boca se hizo más intensa.

—¡No conocía a la mujer! ¡No la conocía! —exclamó él—. ¡Nunca!

Pagó la cuenta. Salieron, sin que los parroquianos borrachos los observasen. Únicamente, la negra visiblemente embarazada, hermosa, que acompañaba a una especie de gringo, sonrió y se quedó pesada, en el asiento.

—Es un hotel verdadero —afirmó María.

Una toalla, un lavatorio con agua, una pieza de techo altísimo, pero de paredes enlucidas. Sin embargo, él pudo oír el leve crujido de un catre vecino.

"Habría sido mejor ese cortaplumas del cobarde. En un nido helado, peor que éste, fui concebido; era el de un cóndor negro, de lento, de solemne, de triste vuelo. Yo soy peor que...".

Ella ya estaba con el torso desnudo, su pequeño y delgado hombro; sonriéndole, lo abrazó.

—Hay luz eléctrica —dijo.

No podía ser más morena, ni más frágiles sus brazos.

—Siempre tengo fiebre a esta hora.

Sus ojos negrísimos estaban rodeados de ojeras ardientes, tiernas, hondas como las paredes inalcanzables de los ríos oriundos del forastero. En esos abismos crecen flores muy pequeñas y cruzan en su aire picaflores de fuego.

—Tú no eres...

—No soy, pues.

Y se acostó desnudo junto a ella, que parecía verdaderamente afiebrada.

—Hiciste bailar a mi hijito. ¿De dónde eres? ¿De qué eres? Ni de México, ni de Nicaragua, ni menos de gringo.

Él percibió, por primera vez, que la parte irregular de su boca no le permitía pronunciar las palabras con toda claridad.

"Felizmente no concluye, no perfecciona la voz humana".

Y mientras lo acariciaba con sus también delgadas piernas, y le rozaba los labios con sus dedos no muy suaves, y toda la pieza se llenaba de calor desconocido, absorto, iluminado, perdida la lucidez que era tormento, al forastero, hablaba:

—No lo sabía, no las conocía; andaba. Solo ella, ella sola porque es así.

Reconoció la estación del ferrocarril. Los mismos hombres con los pies desnudos dormían. Él se puso a cantar improvisando en su lengua materna:

Los peces cruzan su dorado cuerpo en el río; en mi pecho tiembla; el sol se mueve triste, quemando, yo con él; dorado cuerpo de los peces; él saldrá mañana, hará de nuevo la tiniebla, yo estaré dando fuego a todo nido de cóndor helado, en que nací.

Lo había seguido, seguramente.

A la puerta del hotel lujoso, la encontró temblando. Sus ojeras se habían ahondado más pero no evocaban ya picaflores candentes ni flores que brillan en los abismos del Perú.

—Usted, amigo... Mi hijito ya está en una guardería. El negro habrá muerto. Llévame al hospital de San Patricio.

La dejó en una sala larguísima, de madera, a causa de los techos bajos, todo el hospital quemaba por dentro.

—Aquí sanaré en diez meses. No me dejes dinero. Solo un quetzal.

El forastero tuvo que despedirse de ella. El inmenso hospital era peor que todo nido helado de cóndor donde si alguien nace marchará triste sin remedio hasta la muerte. En ese hospital de Guatemala nadie puede ser concebido ni nacer. El forastero salió de allí, improvisando otro canto con la melodía de una danza solemne de su pueblo:

El fuego había sido más que la nieve el helado llanto cesa al amanecer, el sol maligno se pega a los ojos, María, se pega a la ceniza los cóndores buscan con tiempo su helado nido.
El fuego de la ceniza quemó sus ojos y en el gran cielo se revuelcan; dame para morir la nieve.

Pero a los diez meses, ella salía del hospital. No tomó el tren para el puerto. Buscó el hotel. Esperaba encontrar algún día al forastero.

Solo recordaba un nombre, como indicio: la extraña palabra cóndor.

FIN

El forastero., 1972